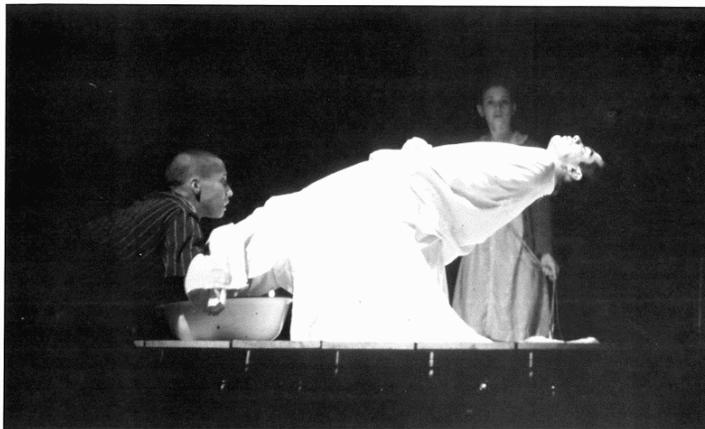


LATINOAMERICA

MANIZALES, MUCHO más que un nombre

Recuperado su ritmo anual, después del largo paréntesis de once años, el Festival Internacional de Manizales, ha cumplido su séptima edición, donde se han dado cita los espectáculos colombianos y los de otros países de Latinoamérica y Europa. Entre la herencia de su pasado y la formulación del futuro, Manizales lucha por afirmarse como un encuentro imprescindible de la América Latina. España estuvo presente con la participación de Teatro Fronterizo y su espectáculo "Naque, o de piojos y actores".



"Bolívar" de José Antonio Rial, montaje de Rajataba, clausuró el festival. (Foto: Biéva).

JORDI DAUDER

Legamos a Manizales (Columbia) como provincianos ingenuos predispuestos a la admiración. Teníamos cierta información: conocíamos el trabajo de Moisés Pérez Coterillo en el n.º 13 de EL PÚBLICO; habíamos leído los artículos y crónicas de José Monleón en "Primer Acto", y sabíamos de las dificultades del Festival de Manizales. Nos contaron cosas acerca de su pasado, polémico, vivo, creativo, "comprometido", y de su nueva andadura (1984): once años después de su interrupción. Nos previnieron del "terrible" arzobispo de Manizales que estigmatizaba a los "teatros" y condenaba en sus homilias al festival, como "obra de Satanás"... Un diario madrileño nos

dió la noticia —el mismo día en que tomábamos el avión— de que, en Manizales, habían aparecido seis casos —¡seis!— de SIDA que obligarían, tal vez, a suspender el festival.

La realidad fue sorprendente y rica. Daremos desde aquí nuestra modesta opinión tanto sobre el presente y futuro del festival como sobre lo que allí vimos, siendo exclusivamente responsable de dichas opiniones y criterios, el que este suscribe.

Pasado, presente, ¿futuro?

Es evidente que el pasado del Festival Internacional de Teatro de Manizales está, en gran parte, superado. Sin embargo, algunos aspectos de ese pasado hacen aun mella en el presente del mismo, sino en su porvenir... Para bien y para mal. O a la inversa. La futura afirmación se reali-

za, aunque no sin escollos, a través de ese cauce abierto y plural que el propio festival proclama. La constitución de un "comité por la continuidad del festival" y la recogida de firmas (50.000 como objetivo y unas 20.000 ya recogidas durante nuestra estancia allí), es expresión de que el festival se halla en una encrucijada difícil que necesita el apoyo del mundo del teatro.

Antes de entrar en la reseña de lo que ha sido Manizales 85, de los grupos y compañías que en él han participado, quisieramos avanzar una opinión —formada a la luz de las discusiones, charlas y juicios confrontados— acerca de los peligros que —a nuestro parecer— acechan al festival, y de los méritos del mismo.

Su pasado: Superar el pasado conflictivo, crítico, no significa negarlo o destruirlo, sino más bien integrarlo en lo que de válido tuvo. Los once años de in-

terrupción —hasta 1984— han supuesto un cierto trauma y, también, una decantación. Algunas aguas revueltas han vuelto a su cauce; lo que se ha perdido en exasperación política, se ha ganado en confrontación teatral. Lo que se ha perdido —creemos— en rigidez dogmática o panfletaria, se ha ganado en creatividad e investigación. Y, como se trata, precisamente, de un festival de teatro, bienvenida sea dicha ganancia. No sin ignorar que la "asepsia teatral" puede llegar a ser una actitud encubridora de insoslayables realidades sociales en las que está inmerso el teatro.

La ausencia de la Corporación Colombiana de Teatro y de la Coordinadora de Teatro Independiente (CORTINA) sigue siendo un déficit y una remora del pasado que el festival debe enfrentar y —en este caso, si— superar. El "Diálogo Nacional" debe penetrar también el mundo



Teatro de calle en Manizales. (Foto: J. Hurtado).



Teatro de calle: 'la sifón'. (Foto: J. Gomez).

del teatro colombiano, sin olvidar que no toda la guerrilla acepta el "diálogo" y que existen fuerzas, poderes fácticos más proclives a métodos expeditivamente "chilenos" que al dicho "diálogo". Abrir, pues, cauces que permitan la presencia de todo el teatro colombiano es apostar por el futuro del festival.

La oficialización: Vamos a decir una perogrullada. Si el teatro no es independiente o no es dependiente. Lo cual se puede traducir de este otro modo: o el teatro es independiente o no es. Y al hablar de oficialización del teatro —como peligro— no nos referimos a ninguna forma de rechazo a la ayuda que los organismos oficiales deben dar, sino más bien al hecho de que los criterios oficiales u oficialistas no deben inmiscuirse en las decisiones acerca de los contenidos teatrales, tanto de los montajes como de la selección a realizar. Que primen exclusivamente criterios teatrales, investigación, nuevas experiencias o tendencias teatrales, creatividad, teorización, confrontamientos. Que el *corpus* del festival este íntegramente en manos de la gente de teatro, y que el poder ponga los medios necesarios. En el caso del Festival de Manizales, este segundo punto tiene mucho que ver con el primero.

Las presiones "morales": Néstor Gustavo Díaz, autor teatral y crítico manizaleño —persona respetada y apreciada tanto por su amor al teatro como por su ética profesional— escribió en el diario "La Patria" del 25 de agosto: "El festival tiene enemigos, muchos, y uno de ellos, el peor, un grupo de viejos reaccionarios que ven en el teatro el camino a Sodoma y Leningrado".

Nosotros no nos hubiésemos atrevido a decir tanto, pero la realidad nos ha demostrado que no se trata de simple anecdota. El ya nombrado arzobispo de Manizales condenó, por escrito, a todos los que "a la sombra del teatro transgreden la moral y la ley" ("La Patria", 28 de agosto); un tal Tíafa, escribe: "Es un error, es un pecado, es malo hacer algo en lo cual se quebrantan las leyes divinas, aunque sea para favorecer el arte y la cultura, como sucede, desafortunadamente, en los festivales de teatro", y termina avisando del

"peligro de sustituir a Dios por el teatro" ("La Patria", 27 de agosto); la obra "Bent" escandaliza y es vilipendiada y condenada por los mismos medios... In-sistimos, no es sólo anecdota. Existe una clara presión —expresada también en otros sectores de esa vital ciudad— que, en el peor de los casos, tiende a ejercer una influencia para la supresión del festival "endemoniado"; y, en el mejor, a "reorientar" el mismo según ciertos criterios "morales". Si el valor de Manizales, en el pasado, fue su relación entre el teatro y la dinámica viva de la sociedad, su valor, en el futuro, debe seguir siendo el mismo, así como su total independencia. Que siga pues la recogida de firmas.

Tal vez es inútil añadir que este tercer punto tiene mucho que ver con los dos anteriores. Segundo año de la nueva andadura del Festival de Manizales: los escollos que Octavio Arbeláez y todo el equipo directivo deben sortear son —a nuestro humilde parecer— muchos. La pasión y la vitalidad teatrales, presentes en este VII Festival demuestran que es posible vencer las dificultades para que Manizales siga viviendo como plataforma polémica y enriquecedora de la realidad teatral latinoamericana y en su confrontación con otras latitudes. Hasta aquí estas consideraciones generales.

La muestra

Países representados: Colombia, Venezuela, Brasil, Nicaragua, Italia, México, Chile, Argentina, Ecuador, Noruega y España. Dada la imposibilidad de reseñar —de ver— todos los espectáculos presentados, nos limitaremos a los más significativos del quehacer teatral latinoamericano, y a la aportación europea. Sin embargo, antes de entrar en la reseña, queremos hacer una apreciación global: han existido, en Manizales, dos festivales paralelos y simultáneos: por una parte, el teatro universitario y de escuelas de arte dramático y, por otra parte, el teatro profesional, con una excesiva predominancia del primero, desequilibrando un tanto el conjunto. Dificultar dicha presencia —necesaria e importante— establecer criterios más estrictos con un menos cúmulo de

otras de "fin de curso" y potenciar los grupos profesionales, dará probablemente mayor entidad al festival.

Del numeroso teatro colombiano presente (*Un muro en el jardín*, Ricardo Camacho, *Bent*, Gustavo Londoño, *El arquitecto y el emperador de Asiria*, Samuel Vásquez, *Los infortunios de la bella Otero* y otras desdichas, José Manuel Freydel, *Sancocho de cola*, Enrique Vargas, *El siete machos, abogado de las ánimas*, Guillermo Maldonado, amén de otros grupos universitarios y del importante teatro callejero: *Sucubos*, *Los mimos viven*, *Ensamblaje*...), queremos destacar la presencia viva del teatro antioqueño. La *Fanfarria* (Medellín), con su obra *Los infortunios de la Bella Otero* y otras desdichas, que narra la vida de una mujer de comarca —María Botero—, apodada la Bella Otero. La acción se desenvuelve en el contexto de violencia y miseria de la guerra de los mil días. Tragicomedia bufonesca —un tanto garcía-marqueña— sobre la guerra civil, realizada por un equipo joven, dirigido por José Manuel Freydel, en un delirio de lenguaje, excesivo a veces, y en una imaginativa puesta en escena que, a pesar de cierta ingenuidad —y no es un defecto—, transmite vida, pasión, locura. Y hay en ese elenco una gran actriz: Nora Quintero.

Por su parte, El Taller de Artes (Medellín) puso en escena la obra de Arrabal, *El arquitecto y el emperador de Asiria*: la confrontación entre el "hombre civilizado" y el "hombre cultural" ha encontrado un director —Samuel Vásquez— que ha sabido dirigir a dos jóvenes actores —Rubén Darío Trejos y Jorge Iván Grisales— y resolver con maestría las dificultades del texto de Arrabal con un nivel de profesionalidad y con un vigoroso planteamiento nada acartonado, de mucha plasticidad.

Seguimos con Colombia: Enrique Vargas, director del Taller Escuela de Teatro y Títeres de la Universidad Nacional nos sorprendió agradablemente con *Sancocho de Cola*, la historia de un hombre que por querer conservar su vida, la pierde. Obra basada en un mito de los indígenas Papago, del desierto del Yacui. Enrique Vargas recupera la tradición oral de Colom-

bia e incorpora a la narrativa —tal vez un tanto exenta de magia "narradora"— la "animación del objeto", el juego con los elementos ilustrativos de la narración con una extraordinaria carga de poesía y de originalidad.

No pudimos ver *Bent* por razones de incompatibilidad de horarios, pero recogimos las opiniones de críticos y público sobre el trabajo limpio, elegante y directo de Gustavo Londoño, con una excelente interpretación.

La presencia de Colombia fue mucho más numerosa y rica de lo que la fría crónica puede señalar, y más contradictoria también. En todo caso, lo evidente es la ruptura con cierto tipo de teatro político-pañfletario, pedagógico, y también con unas formas de experimentalismo subjetivista, para dar paso —en términos generales— a un teatro un tanto barroco, imaginativo, donde no están ausentes ni la crítica ni la ironía, pero donde priman cualidades de investigación, experimentación, y un soplo de vida que, a pesar de cierto desorden joven, es apasionado y creativo. Una agradable sorpresa que puede desorientar ciertas miradas de edulcorado refinamiento teatral.

Dentro de esta apreciación general, el "Teatro Libre de Bogotá", dirigido por Ricardo Camacho, presentó *Un muro en el jardín*, del propio Camacho: melodrama "nacional" de "buenos" y "malos", tontos los primeros y absolutamente canallas los segundos. Una burda caricatura de cierta realidad, con malos chistes y con un tratamiento grotesco de lo —en principio— trágico. Populismo barato y estereotipos "à gogo". Como decía Gonzalo Escobar Téllez, también se podría titular "Los potros también lloran". Frente al otro teatro colombiano que vimos, y que hacía exclamar a Néstor Gustavo Díaz en una de sus jugosas crónicas: "¡Qué extraordinario ver teatro no fosilizado!", este "muro" nos pareció un "ladrillo".

El "Bolivar" de Rajatabla

Venezuela estuvo presente a través de Rajatabla, que representó *Bolívar*, la obra de José Antonio Rial, dirigida por Carlos Giménez, y que clausuró el festival, ante la presencia de Belas-



Los infortunios de la Bella Otero... de La Fantasma. (Foto: J. Hurtado).

rio Betancourt. En síntesis: la vida de Bolívar, del "libertador". El tiempo exacto es el de los diez últimos días de la lenta agonia de Bolívar en Santa Marta (Colombia). La representación la llevan a cabo los presos de una cárcel (Marat-Sade) en la que son torturados y donde toda libertad es negada. Lugar: Cualquier país de América Latina en sus cíclicas y trágicas travesías dictatoriales. Un canto a la libertad y a la memoria de Bolívar, en tono de moderna ópera de estética wagneriana —el "arte total" de Carlos Giménez—. Un texto con rupturas, discontinuidad, repleto de metáforas, reducido en relación a representaciones anteriores, que acaso haga difícil la comprensión del mismo. Un ceremonial invocativo que, en boca de sus autores, "rompe todas las unidades teatrales". Un gran trabajo profesional que impactó al público. Discute la excesiva repetición, un tanto monótona, de las situaciones y de los efectos plásticos y musicales, en un escenario prácticamente desnudo de decorado, pero con buena utilización del espacio. En fin, la beligerancia estética de Carlos Giménez y un excelente grupo de actores. El espectáculo viajó a Madrid en 1982, y figura en el repertorio de Rajatabla como uno de sus más celebrados éxitos, junto con *La muerte de García Lorca*, también con texto de José Antonio Rial.

El grupo Ornitorrinco de São Paulo (Brasil), dirigido por Carlos Rossel, presentó *Ubu, folias físicas, patafísicas e musicales*, espectáculo basado en las obras *Ubu, rey*, *Ubu, cornudo* y *Ubu, encadenado*, de Alfred Jarry. Como declaró el propio director, Carlos Rossel: "El espectáculo es un montaje de atracciones con tres lenguajes distintos: teatro, música, circo". Néstor Gustavo Díaz lo calificó con vital imprecisión: "¿Teatro? ¿Circo? ¿Música-Hall? No sé, ni podré saberlo nunca, ni intentaré averiguarlo. Para mí fue un encuentro con la alegría de vivir". Un Jarry voluntariamente tropical de "estética antropológica", desmitificador del gran desmitificador, Alfred Jarry. Una primera parte excelente en todas las propuestas y resoluciones escénicas, poética, sugerente, pero que degeneraba un poco a

partir de la relación con el público, para instalarse definitivamente en el espectáculo circense de gran vistosidad, una nueva realidad, patafísica.

El grupo Justo Rufino de Nicaragua (Ministerio de Cultura) ofreció *A golpes de corazón*, un trabajo colectivo, dirigido por la mexicana Lucero Millán, y que, manejando contradicciones vivas de la sociedad nicaraguense —el conflicto entre el proceso revolucionario y todo proceso personal, centrado en la vida afectiva, la sexualidad, el concepto de familia, la mujer, el machismo, etc.—, conduce, sin embargo, al espectador hacia una posición determinada de antemano y en la que no existe contradicción alguna. ¿Teatro didáctico revolucionario? La suma de los factores no siempre da un (buen) producto. La frescura del montaje y la soltura de los actores y actrices no logran superar el didactismo de la obra y el carácter eminentemente escolar de la misma. La total solidaridad con la revolución y el pueblo nicaraguense —expresada fervorosamente por el público— no deben eximir la crítica. Y, en este caso, se trató más bien de una velada de orientación pedagógica sobre el tema tratado que de verdadero teatro. Pero haciendo se aprende.

Hermosa sorpresa con Ecuador: el grupo El Juglar presentó *Como é la cosa*, un trabajo colectivo basado en un sketch de Guayaquil Superstar, montaje anterior del propio grupo y que



Una escena de "Naque", del Teatro Fronterizo de Barcelona. (Foto: J. Hurtado).



Arrabal visto por el Taller de Artes de Medellín. (Foto: J. Hurtado).

presenta el tema de la migración campesina a la ciudad: "... Un campesino llega a la ciudad y es engañado por Pipiolo, el "vivo" de la ciudad, otro campesino que ha llegado antes que él, y que ha logrado adaptarse y delinquir... Nada nuevo, pero que ha sido llevado a las tablas con gran soltura y naturalidad. El tema es tratado sutilmente, bien interpretado y permite no sólo llegar al público sino conseguir que se divierta... y piense.

De Italia llegó el Colectivo Isabella Morra con *Dos mujeres de provincia*, de Dacia Maraini, dirigido por Saviana Scalfi. Un sofisticado producto de los años sesenta, verborreico, donde ni siquiera el mensaje (?) feminista llega, perdido en la maraña de estilos, en el sin sentido de la propuesta escénica —o en la multiplicidad de propuestas enmarañadas—, en la histeria a la que se ven abocadas las dos actrices y en la cual (?) colaboran.

Más interesante pareció el grupo Panna Acida que ofreció *Viola*, un interesante trabajo sobre la historia de una mujer, representada en escena por dos mujeres distintas, en una práctica mudez, y que evolucionan en dos espacios diferentes, convencionales, espacios que, poéticamente violan, convención que mágicamente rompen para alcanzar el contacto, el tacto amoroso...

Elsa Kvamme y su Saltkompagniet Teater, de Noruega, presentó *El hombre que dio a luz a una mujer o Siete tentativas de*

cambio, un "one woman show" que, literalmente, encandiló y entusiasmó al público. Elsa Kvamme —con orígenes en el Odín y largo tiempo de trabajo con Eugenio Barba— nos cuenta, con la danza, la pantomima, la gesticulación, la música... una historia eterna y eternamente nueva: la del último hombre —Adán— que quería cambiar el mundo matando los relojes con un revolver y... que dio a luz a una mujer —Eva— quien, a su vez, quería cambiar el mundo para tener su propio paraíso, y que dio a luz a una niña que quería cambiar el mundo. Espera infinita. Momentos extraordinariamente poéticos en las sutiles transformaciones "trigolistas", y una personalidad creativa al límite personal de lo que el teatro permite. La segunda parte del espectáculo podría mejorar mucho a condición de mantener la sutileza de la primera parte. En todo caso, "chapeau".

Hubo muchos más grupos y muchas más obras y montajes interesantes imposibles de ver —por necesidad horaria selectiva— y, en consecuencia, de reseñar. Tal vez demasados. Para nosotros, neófitos en un festival de teatro latinoamericano, el hecho de poder escoger entre tanta oferta ha sido un estimulante. La avidez por conocer el teatro que se hace en otras latitudes no ha sido defraudada.

El Festival de Manizales invitó a El Teatro Fronterizo de Barcelona, y España estuvo representada por dicho grupo y por la obra *Naque* o de piojos y actores, dramaturgia y dirección de José Sanchis Sinisterra, obra que obtuvo un gran éxito de crítica y público, siendo considerada uno de los mejores espectáculos del festival. En palabras de Luis Carlos Medina: El Teatro Fronterizo nos pone en el límite exacto de quienes de una forma seria, con un amplio dominio del oficio, exploran nuevos caminos, nuevas formas y búsquedas que reviven el teatro. Uno de los mejores montajes del presente festival, con un excelente trabajo actoral.

Y nos fuimos de Manizales, esa pequeña ciudad que posee una vitalidad un tanto surrealista, ahí, en lo alto, y que le hace a uno sentirse —como dijo la malograda Marta Traba— "en la cima del mundo".